

El Libertador, su ayo y su capellán

Manuel Uribe A.

Hoy que la América, o más bien el mundo entero, conmemora el nacimiento de su grande hombre, honremos la memoria de dos de los compañeros que le estuvieron más estrechamente unidos por los vínculos de la amistad y por los sentimientos de la admiración. Honremos el nombre de su maestro y el de su capellán, principiando por el último.

Cuando en el año de 1822, después de haber asegurado la Independencia de la Capitanía general de Venezuela y del Virreinato de la Nueva Granada, iba Bolívar por el camino del Sur para emancipar con su ejército siempre vencedor, la Presidencia de Quito, encontró en la ciudad de Popayán un sacerdote joven, quien después de haber recibido el grado de doctor en teología, había sido investido y consagrado como ministro católico.

Llamábase ese presbítero, adolescente Pedro Antonio Torres y a su carácter eminentemente evangélico unía las cualidades de un mancebo altamente simpático.

Era el doctor Torres mediano de cuerpo, de bellas facciones, de piel blanca y sonrosada, vivaz y listo en sus ademanes, de exquisitos modales, de palabra fácil y fluida, de evangélica filantropía, de vasta y sólida instrucción y, sobre todo, de acrisolado patriotismo.

El sacerdote de quien hablamos formaba en las filas de los independientes, y cuando se puso en contacto con el Libertador, su carrera quedó hecha y el problema de su porvenir resuelto. La mirada escrutadora de Bolívar, su conocimiento del mundo y de los

hombres y su intuición profética, le hicieron adivinar el germen en desarrollo de un personaje que debía ilustrar más tarde los anales de la Patria.

Al continuar la campaña tomó Bolívar al señor Torres como capellán de su ejército. En el paso de Juanambú, en la sangrienta jornada de Bomboná, en los desfiladeros del Guáitara y en la cruenta acción de Ibarra, el sacerdote iba en pos del guerrero cual suele ir la medicina que sana tras el brazo que corta y quebranta.

Emancipado el Ecuador, reunidas las fuerzas republicanas y lista ya para ir a sellar con su sangre en los campos de Junín y de Ayacucho la libertad de todo un continente, los dos amigos, porque ya lo eran, iban hombreándose siempre y siempre unidos.

Enarbolada la bandera nacional sobre las colinas que rodean la pintoresca esplanada de Junín y sobre la ardua cima del Cundurcunca; llevadas nuestras armas victoriosas hasta las elevadas cumbres del Potosí; tomado el puerto del Callao; establecida la nacionalidad peruana y creada la soberanía de Bolivia, resolvió el Libertador regresar a Colombia, no sin tributar antes a los compañeros de su gloria la recompensa debida a tantos sacrificios.

Para su virtuoso capellán, para su fiel amigo, para el depositario de sus más íntimos pensamientos, pidió y obtuvo el obispado del Cuzco.

El alto honor concedido con aquel honroso

nombramiento era poca cosa para el abnegado patriota, que aspiraba a la honra de permanecer siempre cerca del redentor de la América.

Separado del Libertador, por la fuerza de circunstancias especiales, el señor Torres fijó su residencia por algún tiempo en la ciudad del Sol, en donde fue nombrado para desempeñar funciones como Deán de la catedral.

Propuesto un poco más tarde para el obispado de Cuenca, el celo cojijoso de algunas gentes encontró mal el que un sacerdote con facciones de guerrero, el que un Deán con ideas liberales, el que un personaje despreocupado y cortés, aunque cristiano y virtuoso, llevara sobre su cabeza la mitra, símbolo del apostolado. Hubo entonces emulación, hubo envidia y hubo espíritu de calumnia, y eso hasta un punto tal, que todo, envuelto en el ropaje de un interés religioso, llegó hasta el trono pontificio.

Inútil empeño: el señor Torres fue nombrado Obispo de Cuenca; y si no recibió la investidura de tan alta dignidad, fue porque él mismo la rehusó.

Deán de la catedral de Quito, continuó siempre en ejercicio de sus virtudes públicas y privadas. Compasivo y generoso para con los pobres, ameno y franco para con sus amigos, consecuente para con la Iglesia, entusiasta por la educación y devoto de la causa de la República, presentó siempre la fisonomía del apóstol, la actitud del filántropo y el tipo noble del republicano.

Elevado por el Gobierno de la Nueva Granada y por la voluntad de Pío IX a la silla episcopal de Cartagena de Indias, y promovido luego a la de Popayán, el capellán de Bolívar pasó la última parte de su existen-



La Batalla de Boyacá en la Guerra de Independencia de Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá contra España. Martín Tovar y Tovar. Óleo sobre tela. 1819. Palacio Federal, Caracas, Venezuela.

cia entregado únicamente al ejercicio de la caridad, a la instrucción de la juventud, a la práctica de todas las virtudes cristianas y a la adoración por la República y por la Libertad.

Cuando el señor Torres era Deán de la catedral de Quito, tuve yo la fortuna de hallarme en aquella ciudad; y digo la fortuna, porque además de haber recibido la hospitalidad elegante de aquella culta corporación humana, hospitalidad que no olvidaré nunca y que conservaré fresca en mis recuerdos de gratitud, tuve también la felicidad de conocer muchos célebres personajes y de hacer gratas relaciones que han venido como auxilio valioso en el transcurso de mi vida.

Estando allá, recibí un día el siguiente billete: "Mi querido Manuel: Come hoy en casa un amigo viejo, y como quiero que seas de los nuestros, te espero precisamente a las cuatro de la tarde. Comeremos más y comeremos menos. Tuyo, Pedro Antonio".

Asistí oportunamente a la cita, y al entrar en el salón, el Doctor Torres, que conversaba familiarmente con el sujeto que me había anunciado, se puso de pie y dijo: "— Don Simón, tengo el gusto de presentar a usted a mi amigo el Doctor Manuel Uribe Án-

gel. Doctor, presento a usted a mi antiguo compañero de armas, el señor Don Simón Rodríguez”.

Dirigiéndome entonces al anciano a quien había sido presentado, no creí hallar en los recursos de mi pobre educación una frase más amable y más adecuada a las circunstancias que ésta: “Señor Don Simón, tengo mucho gusto al conocer y saludar al maestro de nuestro Libertador”.

El viejo Rodríguez, con una risita que me pareció sarcástica, me contestó: “Fuera de ése, tengo algunos títulos para pasar con honra a la posteridad”.

“La mesa está servida, dijo el canónigo; amigos míos, vamos a comer”.

Nos sentamos a la mesa, comimos, platicamos cordialmente y quedamos para lo porvenir excelentes compañeros.

De aquel día en adelante, mis relaciones con Don Simón Rodríguez llegaron a ser más y más íntimas. Yo no era rico, y él por su parte era supremamente pobre. Sin lujo y ostentación había en mi mesa lo suficiente para mí y aun sobraba para otro. Le ofrecí un asiento a mi lado, y como el ofrecimiento fuera sincero, a él se siguió la aceptación y la base de más cordiales relaciones. ¡Qué almuerzos aquéllos, Dios mío, y qué comidas! En tales momentos, si yo hubiera sido capaz de aprender, me habría hecho un sabio. La erudición del señor Rodríguez era incomparable; su sabiduría, pasmosa. A veces, en momentos de entusiasmo, su elocuencia se desataba como las ondas contenidas de un torrente que rompe sus diques, para exponer las más luminosas ideas, para sentar los más exactos principios, para desenvolver los más provechosos sistemas y para explicar las más científicas doctrinas.

Este notable americano frisaba entonces con los ochenta y cinco años de su edad, y no era físicamente constituido como el señor Torres: sin ser muy alto de cuerpo, tenía aspecto atlético; sus espaldas eran anchas y su pecho desenvuelto; sus facciones angulosas eran protuberantes; su mirada y su risa, un tanto socarronas; su cabellera y cejas, grises; sus piernas, algo separadas, como las de un marinero; sus pies, gruesos y calzados siempre con botas de doble suela. Llevaba de ordinario anteojos, y cuando de ellos no hacía uso, los colocaba sobre la frente. Cubría su cabeza con sombrero de fieltro de “anchas alas”; su cuello y pecho estaban abrigados, el primero por corbatín de raso, y el segundo por chaleco de paño, ambos de color oscuro; sus pantalones eran de tela burda y su cuerpo se cobijaba con un levitón de color gris, suelto y ancho, cuyas faldas llegaban hasta las corvas.

En aquella edad y con las condiciones físicas que le hemos asignado, Don Simón Rodríguez tenía una robustez corporal digna de envidia y una claridad de inteligencia acreedora de respeto y admiración.

Un día, mientras almorzábamos, me dijo:

A principios del presente siglo, y cuando ya Bolívar estaba educándose en Europa, yo me encontraba en Caracas. Las ideas revolucionarias se desenvolvían allí con prodigiosa rapidez; las aspiraciones de independencia, aunque sufocadas por la vigilancia española, sobrenadaban y se hacían visibles por encima de todo el horizonte social. La suspicacia del Gobierno engendraba el disimulo de los patriotas, y la tiranía subsiguiente de aquél produjo al fin la reacción revolucionaria. Yo era presidente de una junta secreta de conspiradores. Denunciados por un traidor y hechos blanco de las iras del capitán general, logré sustraerme a las persecuciones y a la muerte, por una rápida evasión; y te digo a la muer-

te, hijo, porque ya embarcado en el puerto de la Guaira en un buque norteamericano y antes de darnos a la vela, supe que muchos de mis compañeros habían sido pasados por las armas sin juicio previo y sin capilla. En Baltimore trabajé como cajista en una imprenta y gané simplemente el pan. Permanecí en aquel destino durante tres años, y al cuarto me embarqué con dirección a Europa; llegué a Cádiz y por Bayona fui a la capital de Francia, en donde con mucho afecto recíproco me uní a Bolívar. Allá estábamos cuando se hizo la coronación de Napoleón, y por cierto que en aquel día tan notable y feliz para los gabachos, Bolívar y yo no salimos del Hotel. La idea de un amo más sobre la tierra, hacía hervir la sangre de aquel muchacho, con imponderable indignación. Tenía razón, hijo, porque en mi opinión los gobiernos personales son inaceptables, y porque auguro que andando el tiempo no habrá más poder que el de todos en favor de todos.

Aunque yo hubiera querido que mi compañero continuase la narración, él la interrumpió porque había llegado la hora acostumbrada de separarnos.

Otro día me hacía la siguiente relación:

Permanecí en Europa por más de veinte años; trabajé en un laboratorio de química industrial, en donde aprendí algunas cosas; concurrí a juntas secretas de carácter socialista; oí de cerca al Padre Infantín, a Olendo Rodríguez, a Pedro Leroux y a otros muchos que funcionaban como apóstoles de la secta; estudié un poco de literatura; aprendí lenguas y regenté una escuela de primeras letras en un pueblecito de Rusia. En eso de primeras letras ya me había ejercitado un poco durante mi juventud, dando lecciones a ese hombre a quien admiras tanto, cuando él era un despabilado rapazuelo. Por eso, seguramente, se dice que yo fui su ayo: pero más que maestro aseguro que fui su discípulo, pues por adivinación él sabía más que yo por meditación y estudio. Fui simplemente su amigo.

—¿Qué hizo usted en Europa y en qué tiempo regresó usted a América? pregunté un día a mi anciano amigo.

—Hijo —me contestó—, yo he sido hasta ahora el único americano del Sur que haya ido a Europa, no con el fin de derrochar fortuna, sino con el de adquirirla. A mi regreso, registré en Cartagena como de mi legítima propiedad sesenta y cuatro mil duros. Trabajé, observé y creo saber alguna cosa; pero ¿qué quieres? como hablo sobre asuntos extraños, nadie me entiende y paso por loco.

—¿Y en dónde se reunió usted con el Libertador?

Al saber que ya había llegado al continente, me escribió una carta muy amistosa que anda por ahí impresa en los papeles públicos. Desde Cartagena seguí al Perú, en donde nos dimos estrecho abrazo y reanudamos nuestras relaciones. El me manifestó sus proyectos y yo le manifesté los míos. Entero todavía y con fe en él corazón, mi desgraciado amigo, después de haber roto los vínculos que unían estos países a la madre patria, acariciaba la esperanza de poder organizarlos antes de ir al sepulcro.

Mi gran proyecto por entonces consistía en poner en práctica un plan bastante meditado que estriba en colonizar la América con sus propios habitantes, para evitar lo que temo acontezca un día; es decir, que la invasión repentina de inmigrantes europeos más inteligentes que nuestro pueblo actual, venga a avasallar de nuevo y a tiranizarlo de un modo más cruel que el del antiguo sistema español.

Yo quería rehabilitar la raza indígena y evitar su extinción completa, y cuando el Libertador, a quien hablé sobre el particular, regresó a Colombia, me dejó recomendado al General Sucre. Sucre, hijo, era un brillante capitán, pero nunca llegó a comprender la trascendencia de las miras que yo tenía. Un ensayo se hizo en Bolivia, y la cosa no iba mal; mas el encargado de protegerme y auxiliarme, obtuvo en premio de sus servicios



Puente Nomentano y Monte Sacro al fondo. Giuseppe Vasi. Grabado.1752. Roma, Lacio, Italia.

lo que el otro protector obtenía por el Norte: es decir, el insulto y la ingratitud.

Desengañado de poder llevar adelante alguna cosa de provecho para mí y para mis semejantes, me di a recorrer tierras. Estuve en Chile, y prediqué; pero en desierto. Cierta día elogiaba yo el carácter dócil y manso de los indios y, ¿lo creerás? un Ministro de Gobierno de aquella nación tomó a pecho la tarea de demostrarme que eran unos bárbaros con quienes no se podía hacer otra cosa que destruirlos sin piedad. Me acuerdo que decía en discusión conmigo y cuando yo le observaba que, bárbaros por bárbaros, tan peligrosos éramos los blancos como los pobres aborígenes. “Qué quiere usted” — me decía — “que se juzgue de una raza en que a la muerte del esposo las viudas se queman voluntariamente?”. —Póngame usted la Inquisición, le respondí, y me queda debiendo.

Sería largo referir el número de anécdotas, picarescas unas, filosóficas otras, e instructivas todas, que me fueron referidas por Don Simón Rodríguez.

En sus últimos años se dio a la tarea de escribir, y escribió muchas obras que, si hoy no gozan de gran renombre, sí lo tendrán en la posteridad. Su defensa de Bolívar es un libro de precio inestimable. Su periódico de carácter social, escrito en el Perú, es de un tipo propio para despertar envidia en la época actual del periodismo. Su Gramática

de la lengua francesa nos parece superior a todo lo escrito sobre la materia. Sus artículos sueltos son eruditos, científicos y recreativos y, en fin, su grande obra *El suelo y sus habitantes*, nos parece la revelación de un alto genio, de una instrucción vastísima y de una visión neta y clara sobre lo porvenir.

Paseábamos una tarde por los lados de Machángara, riachuelo que corre en parte hacia el Sur de la ciudad, y como me manifestase curioso por saber los pormenores de la vida de mi amigo, me miró con un airecito malicioso y me dijo. “Tú quieres pormenores sobre mi existencia para hacer una novela: pues no los tendrás”.

En compensación, estando aquel día muy comunicativo y amable, logré que me dijera:

Después de la coronación de Bonaparte, de que ya te hablé, viajamos Bolívar y yo, en estrecha compañía y en íntima amistad, por gran parte del territorio de Francia, Italia y Suiza. Unas veces íbamos a pie y otras en diligencia.

En Roma nos detuvimos bastante tiempo, y para que sacies tu curiosidad, voy a referirte lo que allá pasó.

Un día, después de haber comido y cuando ya el sol se inclinaba al Occidente, emprendimos paseo hacia la parte del Monte Sagrado.

Aunque esos llamados montes no sean otra cosa que rebajadas colinas, el calor era tan intenso que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y cubiertos por copiosa traspiración a la parte culminante de aquel mamelón. Llegados a ella, nos sentamos sobre un trozo de mármol blanco, resto de una columna destrozada por el tiempo.

Yo tenía fijos mis ojos sobre la fisonomía del adolescente: porque percibía en ella cierto aire de notable preocupación y concentrado pensamiento.

Después de descansar un poco y con la respiración más libre, Bolívar, con cierta solemnidad que no olvidaré jamás, se puso en pie, y, como si estuviese solo, miró a todos los

puntos del horizonte y al través de los amarillos rayos del sol poniente paseó su mirada escrutadora, fija y brillante por sobre los puntos principales que alcanzábamos a dominar.

“¿Con qué éste es”, dijo, “el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su ípo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector, para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano cien Calígulas y por un Vespasiano cien Claudios. Este pueblo ha dado para todo: severidad para los viejos tiempos; austeridad para la República; depravación para los emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; ambición para convertir todos los Estados de la tierra en arrabales tributarios; mujeres para hacer pasar las ruedas sacrílegas de su carruaje sobre el tronco destrozado de sus padres; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos, como Juvenal y Lucrecio; filósofos débiles, como Séneca; y ciudadanos enteros, como Catón. Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros: pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada. La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí todas sus faces,

ha hecho ver todos sus elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo”.

Y luego, volviéndose hacia mí, húmedo el ojo, palpitante el pecho, enrojecido el rostro, con una animación casi febril, me dijo:

“Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.

Tú sabes, hijo, agregó el señor Rodríguez, que el muchacho cumplió su palabra. Toca a las generaciones venideras perfeccionar la obra. En cuanto a ti, en quien noto cierta propensión a la historia, quiero darte un consejo, y es éste: Si alguna vez pretendes y puedes escribir, cuéntales a tus compatriotas en términos sencillos y sin lujo de fantasía lo que sepas sobre tus antepasados, para que aprendan a respetar su memoria, a reverenciarla y a reconocer sus sacrificios.

Esto sucedía en el año de 1850. Uno después, poco más o menos, Don Simón Rodríguez murió en una posada cerca de Piura, y no sabemos que hasta hoy sus restos hayan sido pedidos para darles decoroso sepulcro.

Manuel Uribe A.

Tomado de *La Consigna*, periódico político, literario, año II, serie VII, N. ° 78, Medellín, martes 24 de julio de 1883. Reeditado en: *Homenaje al Libertador Simón Bolívar en su primer centenario 1783-1883*, Bogotá, imprenta de Medardo Rivas, 1884, segunda edición, Senado de la República, Academia Colombiana de Historia, edición facsimilar Plaza y Janes, Editores-Colombia Ltda., Bogotá, 1983, pp. 72-74. Transcripción de Jorge Andrés Suárez Quirós actualizada para la *Agenda Cultural*.